

EXCAVACIONES ARQUEOLOGICAS EN LA NECROPOLIS MEGALITICA DE LA COBERTORIA (DIVISORIA LENA-QUIROS) Y EN LOS CAMPOS DE TUMULOS DE PIEDRAFITA Y EL LLANU LA VARA (LAS REGUERAS).

Miguel A. de Blas Cortina

1. En las investigaciones de conjunto sobre el poblamiento prehistórico en la cuenca media del río Nalón uno de los frentes a explotar es aquél referente a los episodios post-paleolíticos *sensu lato*, algunos de los cuales se corresponderían con la adopción por parte de las sociedades prehistóricas del área de formas de vida productivas, en contraste con las sociedades de cazadores y recolectores tan bien atestiguadas en los yacimientos en cuevas y abrigos correspondientes al Paleolítico Superior.

La ausencia de depósitos arqueológicos en los sedimentos de las cuevas, fosilizando los testimonios de ocupaciones epipaleolíticas avanzadas, neolíticas o metalúrgicas, determina la búsqueda de testimonios en otra clase de estaciones arqueológicas. La discontinuidad cultural entre paleolíticos y neolíticos carece por el momento de una respuesta cimentada en vestigios materiales; el proceso histórico de la estancia humana en el Nalón Medio y comarcas adyacentes se reanuda tras el paleolítico con la erección de las construcciones monumentales vinculadas a lo que se ha dado en llamar sociedades megalíticas.

El territorio normal de implantación de estos conjuntos arqueológicos se reduce, al menos en el presente, a las áreas montañosas y dentro de ellas a aquellos sectores topográficamente relevantes: vértices geodésicos, cimas bien diferenciadas de su espacio circundante, collados o puerros que franquean la comunicación entre valles paralelos, etc. No resulta descartable, aunque falten las evidencias, excluir la posibilidad de que edificaciones semejantes hayan significado puntos de referencia en cotas más bajas o incluso en las confluencias fluviales, zonas destacadas en los itinerarios de circulación en los valles o en accidentes naturales individualizados en el paisaje.

Los datos arqueológicos y las exploraciones sistemáticas no confirman las hipótesis que se puedan emitir en esa dirección. Todo parece indicar, sin embargo, que de existir tales estaciones arqueológicas su peso y trascendencia sería bastante menor que los propios de las estaciones de montaña. Las roturaciones históricas con fines agrícolas tanto para abrir terrenos al cultivo como para extender las áreas de pasto, difícilmente habrían determinado la erradicación absoluta de todos los hipotéticos megalitos levantados en las áreas bajas. La previsible ubicación de los mismos en promontorios o accidentes acusados haría poco productivo, y por ello innecesario, el trabajo de destrucción y allanamiento del suelo ocupado por la construcción prehistórica.

La estructura geológica y litológica de la cuenca media del Nalón es también diversa, generando paisajes muy distintos. En el sector en estudio se produce el contraste acentuado entre los cordales divisorios de la red fluvial, la to-

pografía abrupta del macizo calcáreo del Aramo, o el paisaje aplanado y polipartido en lomas de escasa altura que se suceden en los bordes de la cuenca sedimentaria central de Asturias.

Es justamente en esos diferentes escenarios naturales donde se constata la presencia de las sociedades megalíticas, cuyo territorio corresponde al marco espacial que delimita en sentido amplio el curso medio del Nalón.

De entre las opciones para un estudio arqueológico detallado se consideraron aquellas que potencialmente pudieran generar una información previsiblemente más útil. Las excavaciones dentro del Proyecto, en el borde septentrional de la cuenca, en el campo tumular de Piedrafita (Las Regueras) documentaron un tipo particular y desconocido de construcción monumental prehistórica que venía a probar el polimorfismo de los túmulos del centro de Asturias. Se contaba en estas comarcas, además, con excavaciones realizadas a fines de la última década en los conjuntos tumulares del Silvota de Bobes y Altu la Mayá (ambas en el concejo de Siero) distantes en línea de aire unos siete kilómetros del propio cauce del Nalón, en el interfluvio entre este y su afluente el río Nora.

La necesidad de contrastar las arquitecturas de media montaña o de la fosa mesoterciaria con otras también tumulares en alta montaña, dentro del sector sur de la cuenca, llevaron al reconocimiento de las necrópolis inventariadas, optándose finalmente por plantear la investigación de la necrópolis de La Cobertoria.

Ubicada esta última entre el puerto del mismo nombre en la divisoria de los valles de Lena y Quirós, se integra en el circuito de conjuntos tumulares prehistóricos que se suceden desde el sector meridional de la Sierra del Aramo y continuando por el cordal que separa el valle de Riosa de los de Lena y Mieres conduce hasta las cercanías de la unión de los ríos Aller (Caudal) y Nalón. Un área, en definitiva, en el que se sabía desde 1974, tras la publicación del catálogo de dolmenes y túmulos de José Manuel González (Archivum, XXIII, 1973), de la existencia de distintas necrópolis, pero cuyos rasgos precisos, contenido arqueológico y horizonte cultural eran absolutamente desconocidos.

La excavación de La Cobertoria constituye el primer análisis de la casi totalidad de lo preservado, una visión completa de la necrópolis y la primer aproximación no sólo a lo que resulta ser la arquitectura perdurable y monumental más antigua del centro de la región, sino al trasfondo cultural que da sentido a la presencia de comunidades humanas prehistóricas a altitudes que llegan a rebasar los 1.300 metros sobre el nivel del mar.

Este capítulo inicial de la extensión del poblamiento desde el valle hasta la montaña implica una modificación sus-

tancial de las pautas económicas y de los modos de conducta de los pobladores neolíticos del territorio central de Asturias, un crecimiento del espacio frecuentado y utilizado por poblaciones que inauguran la estancia humana prolongada en el mismo.

Las inferencias derivadas del análisis de estas construcciones, en conexión con las industrias y objetos a ellas vinculados, con el paisaje en sus vertientes mineral y biológica, con los diferentes recursos explotables mediante el nivel técnico de los constructores, etc., se describen en el apartado tercero de este informe.

2. La necrópolis investigada se extiende en sentido sur-norte entre el Puerto de La Cobertoria y La Collá de Llanuces, en el cordal que con su eje orientado a mediodía describe la prolongación del límite sudoriental de la Sierra del Aramo. Las noticias iniciales sobre la existencia de túmulos en la zona se deben a E. Marcos Vallaure y a J. M. González (González, citado, pág. 26). A los cuatro catalogados por el último autor se pueden sumar ahora otras dos estructuras incluidas también en el plan de excavaciones y diversos restos de otras, algunas destruidas en época reciente.

Los monumentos excavados en campañas sucesivas a partir de 1981 son un total de seis, referidos de acuerdo con la toponimia del lugar: Matá'l Casare (2 megalitos), Los Fitos (un megalito y un alineamiento ortostático), Prau'l Llagüezu (un megalito) y La Collá Cibera (un megalito).

El análisis arqueológico afectó en consecuencia a todos los monumentos preservados, con la sola exclusión de aquellos probables cuya evidencia actual está reducida a fragmentos de las estructuras primitivas, parte de un recinto ortostático en el ascenso al collado de Los Fitos, res-

tos tumulares próximos a La Cobertoria, etc.

Afectó el registro arqueológico prácticamente a la totalidad de las arquitecturas tanto en su manifestación horizontal como en la disección vertical de las mismas. Este procedimiento se siguió en especial en la Mata'l Casare I y II y en el túmulo de Los Fitos. Se preservaron algunos testigos de extensión mínima en El Llagüezu y en la Collá Cibera.

La actuación seguida procuró, en definitiva, el despiece detallado de cada unidad monumental permitiendo precisar los diferentes rasgos constructivos, las soluciones arquitectónicas aplicadas como respuesta a problemas particulares en alguno de los monumentos y a distinguir el tipo constructivo dominante de las morfologías en apariencia diferentes. El control de toda esa información consta ya en una planimetría elaborada de los conjuntos y de todos los componentes o sectores de valor relevante en los distintos megalitos.

La extensión horizontal de las excavaciones permitió identificar el diseño primitivo de las construcciones megalíticas, las superficies ocupadas (desde 130 m² en la Mata I hasta unos 65 m² en el túmulo de Los Fitos) y la morfología y límite de las mismas, además de reconocer las modificaciones posteriores debidas al desplazamiento de materiales, sustracción de los mismos, saqueos, etc.

El proceso señalado aportó el conocimiento de aspectos imprevistos, como la prolongación extraperiférica del túmulo de Los Fitos, el alineamiento de bloques paralelos al borde tumular pero separados del mismo (Mata'l Casare II), la utilización como cantera y apoyo constructivo de los afloramientos rocosos inmediatos (Mata I), etc.

Por lo que se refiere a la prolongación del área exhumada al exterior del límite de la arquitectura sus resulta-

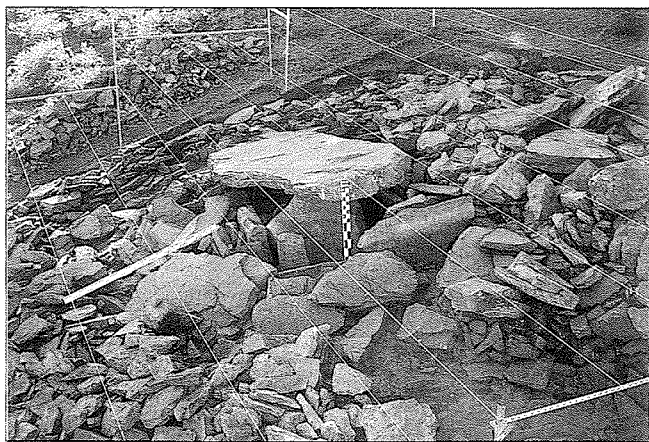


Fig. 1.—Mata'l Casare I. La cámara ortostática aparece rodeada de un cinturón contrafuerte de grandes bloques de piedra, a su vez en vuelto por la masa pétrea del túmulo.



Fig. 1 bis.—Mata'l Casare I. Anillo de oro.

dos se basan en la identificación de elementos simbólicos integrantes del conjunto monumental pero desconectados físicamente del mismo, como ocurre con la *estela hincada* inmediatamente al lado del dolmen de La Collá Cimera.

En el mismo orden de intenciones el registro vertical precisó el ritmo constructivo de cada megalito y ciertas constantes estructurales en la necrópolis: organización de la masa tumular siguiendo criterios establecidos y no de forma aleatoria como pudiera pensarse tras una visión superficial, existencia de anillos constructivos internos al túmulo, dispositivos de contención según el plano de asentamiento, proceso constructivo de las cámaras, forma de acceso a las mismas y sistemas de cierre, mecanismos de control de los empujes radiales (anillo contrafuerte en la Mata I y sistema de bloques arbotantes), entidad de las cámaras

en relación con la altura del túmulo, elección de basamentos rocosos diferentes según afecten a la instalación del túmulo o de la cámara (cimentación de esta última en horizontes de limolitos inmediatos a suelos compactos de arenisca), son algunas de las diversas observaciones registradas.

De estas y otras precisiones derivadas del análisis en detalle se pudo concluir la antigüedad tipológica de los megalitos de La Cobertoria, particularmente defendible en Prau'l Llagüezu y la Collá Cimera, en ambos con un criterio constructivo eficaz, pero en principio menos elaborado que otros (Los Fitos, Mata I y II). Este arcaísmo arquitectónico concuerda con el registro ergológico de los megalitos citados que se nos presentan en este momento como las tumbas dolménicas más tempranas de toda la región. Por otro lado, como se indicará después, la activi-



Fig. 2.—Arquitectura funeraria de Los Fitos, apreciándose la plataforma de bloques de piedra que se prolongan fuera de la estructura tumular.



Fig. 3.—El Llagüezu. Dolmen simple de cámara subrectangular envuelta en su totalidad por un gran túmulo que alcanza la cúspide de los ortostatos.

dad prehistórica en La Cobertoria alcanza los inicios de la Edad del Bronce, atestiguándose aquí el primer utillaje metálico recuperado en su medio prehistórico original.

La longevidad del fenómeno apuntado describe, tomando como cauce la evolución técnica, un amplio segmento cultural que media entre una industria lítica arcaica con geométricos, —son por otra parte los primeros tipos de esta clase que se localizan en el megalitismo astur—, hasta un episodio ya metalúrgico que llega incluso a conocer sobre diseños arcaicos las aleaciones binarias cobre/estaño.

La continuidad cultural, sin rupturas, se documenta en La Cobertoria sugiriendo que las denominadas reutilizaciones tardías de tumbas antiguas bien pudieran ser el simple mantenimiento de un rito fúnebre en el mismo lugar

y monumento erigidos y utilizados por sus predecesores.

La posible multiplicidad de los integrantes del escenario fúnebre, en la época seguramente más complejo y organizado que la sola edificación de dolmenes, resulta evidente con estructuras como la excavada a una treintena de metros del túmulo de Los Fitos: un alineamiento semicircular de ortostatos en cuyo centro geométrico había sido encendida una hoguera. Los restos de la combustión en el suelo antiguo y los restos industriales en piedra asociados denuncian la existencia de lugares ceremoniales bien distintos de los monumentos estrictamente funerarios.

3. La excavación del conjunto funerario de La Cobertoria es hasta el momento el único análisis *in extenso* de una necrópolis megalítica en Asturias. La práctica previa frecuente, dirigida a una visión parcial y diacrónica del desarrollo megalítico, se venía centrando en la observación de una sola parte de uno de los monumentos de las distintas necrópolis; como máximo eran diseccionadas parcialmente dos arquitecturas funerarias por lugar. La elección de los monumentos excavados se establecía con criterios externos (morfología, dimensiones, grado aparente de conservación, etc.), actitud que implica de forma inevitable una intervención arbitraria y azarosa.

Obviamente la excavación in extenso implica una concentración de esfuerzos e inversiones considerable, pero sus resultados finales, como en el caso que nos ocupa, son siempre útiles y generan un aumento sensible de nuestros conocimientos sobre el tiempo cultural que se trata de reconstruir. La disimetría entre aspecto externo y potencialidad informativa queda de manifiesto en La Cobertoria donde la estructura monumental más sencilla y modesta en dimensiones (La Collá Cimera) produjo, sin embargo, un repertorio documental inesperado sobre el utillaje lítico de los constructores megalíticos. El análisis de este instrumental en piedra aporta nuevas informaciones y sugerencias sobre la génesis, tradiciones culturales que lo instruyen y los estadios de evolución del megalitismo cuyas necrópolis muestran el testimonio más sólido y extendido de la existencia de las sociedades neolíticas en la región.

Las excavaciones de la Collá Cimera o del dolmen del Llagüezu enseñan además como la forma externa monumental y el contenido (ajuares, restos materiales de actividades productivas o culturales contemporáneas a la erección o uso de los monumentos o el aprovechamiento económico del ámbito funerario) no tienen por qué guardar una relación mecánica entre sí, al menos desde la perspectiva histórica del arqueólogo para quien materiales de escaso interés aparente tienen, sin embargo, un valor considerable, interpretados en su papel de auténticos documentos llenos de significado o de potencialidades para la elaboración de una explicación histórica y cultural.

En el mismo campo interpretativo las conexiones entre forma arquitectónica y lugar de ubicación de ésta en el territorio funerario proporcionan un conjunto útil de inferencias sobre los móviles y actuaciones de las comunidades megalíticas. La elección de un medio litológico determinado (en este caso el compuesto por las areniscas), cuando el basamento pétreo ofrece otras posibilidades (las calizas están inmediatamente al lado), resulta de la dependencia de factores tales como la morfología del paisaje, la existencia frecuente de afloramientos rocosos, la disponibilidad de un material constructivo de fácil explotación o el que éste material permita por su estructura la obtención de componentes arquitectónicos de un determinado tamaño, etc.

Actuaciones selectivas de acuerdo con las indicaciones anteriores y marcadas por una clara intención dan sentido al emplazamiento de megalitos como los de la Mata'l Casare que, en principio instalados en ladera sobre planos de fuerte pendiente, parecían ser el fruto de una conducta arbitraria.

Si la necrópolis y su entorno más inmediato componen un conjunto arqueológico con su lógica organizativa interna, consecuencia de un tiempo de uso y por ello de un proceso de crecimiento y adaptación al territorio, su inserción en un espacio más vasto puede explicar el carácter estacional de su empleo (meses estivales) y las bases económicas de los constructores y sus movimientos (desplazamiento valle-montaña-valle y subsistencia por pastoreo, recolección y caza).

Las sugerencias a las formas de actuación sintetizadas en el párrafo último se hallan también en los ajuares o en los objetos y utensilios asociados a las construcciones funerarias, entre los que cabe señalar el utillaje lítico de cuyo estudio se derivan conocimientos sobre las técnicas de fabricación instrumental (y las tradiciones culturales que estas incorporan), la relación materias primas —fuente de aprovisionamiento, etc. En La Cobertoria es evidente que los constructores megalíticos recurrían en su vida cotidiana a un instrumental pétreo que reproduce tipos y técnicas de gran antigüedad, observaciones que al menos implican una *filogénesis cultural enraizada en tradiciones epipaleolíticas anteriores a la implantación de las formas instrumentales y técnicas propiamente neolíticas*. Esa vieja tradición que desvela un momento temprano, o arcaizante, se induce no sólo del repertorio instrumental o del sistema de elaboración del mismo; también se registran comportamientos de larga tradición en la elección de los materiales básicos y en los pasos técnicos pertinentes que tienden a la reducción del esfuerzo debido al transporte de los mismos hasta el punto de transformación y empleo, etc.

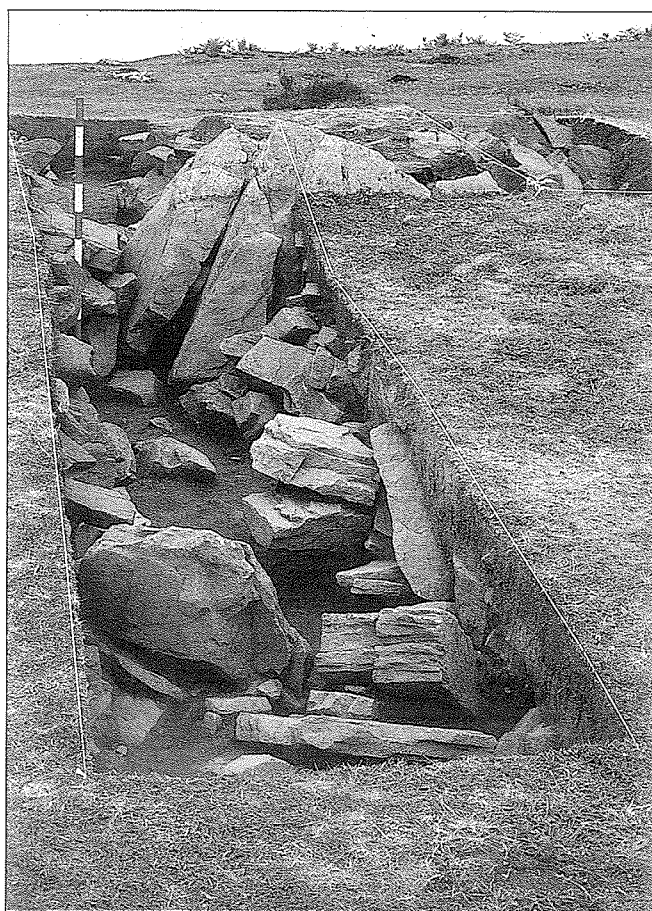


Fig. 4.—Sección diametral del megalito de la Collá Cimera en el que se observa la organización del túmulo, los bloques hincados que lo delimitan y el exterior de la cámara dolménica.

La tipología monumental se ajusta a las estimaciones culturales que provienen del análisis de las industrias, armonía que se manifiesta en los megalitos del Prau'l Llagüezu y en la Collá Cimera, ambos monumentos erigidos en puntos estratégicos del cordal montañoso en el que se ubican, siendo además los situados a mayor altitud y en enclaves dominantes de la necrópolis. La antigüedad denunciada tanto por el continente como por el contenido se conecta con la elección de los emplazamientos, circunstancia que permite considerar un tiempo cultural; un orden en la construcción y en el proceso de crecimiento del territorio funerario.

La continuidad en el uso en tiempos posteriores a los considerados como iniciales y reflejados en El Llagüezu y la

Collá queda probada por el hallazgo de elementos metálicos u otros de la ergología propia de las etapas metalúrgicas tempranas. El ejemplo más notable de esta perduración en el uso de la necrópolis corresponde al hallazgo de un anillo de oro, batido, recortado y modelado a punzón, que materializa una creación de extraordinaria calidad de las primeras fases metalúrgicas del norte de la Península.

La muestra de la orfebrería prehistórica que comentamos, incardinada en los gustos y formas de elaboración de las culturas campaniformes del borde atlántico europeos, a parte de su excepcional valor como documento artístico, la primera producción metalúrgica antigua de la prehistoria regional que disfruta de un contexto arqueológico preciso. Su recuperación se produjo en el transcurso de las excavaciones por lo que se pudo observar la disposición precisa que presentaba en el conjunto arquitect-

tónico del megalito denominado Mata'l Casare I, las razones de esa disposición y las relaciones culturales presumibles que vinculan esta creación artesanal de los primeros compases de la Edad del Bronce con un megalito típico y no con una arquitectura funeraria calificable de post o epimegalítica.

La continuidad en el uso de la necrópolis de La Cobertoria tiene otros referentes como los hallazgos en el túmulo con cámara cistoide (un verdadero megalito tanto en su tamaño como en su concepto) de Los Fitos o en el depósito de menas cupríferas en la cámara de la Collá Cimera.

La inmediatez de la necrópolis a la masa calcárea de la Sierra del Aramo (de la Collá Cimera al primer contrafuerte calizo hay menos de un centenar de metros) facilita la presencia ulterior en la misma de grupos prehistóricos cuyo interés económico por la zona suma a las bases de subsistencia tradicionales el aprovechamiento de la riqueza mineral de aquella sierra.

La frecuencia de los carbonatos de cobre en sus manifestaciones más visibles y fáciles de recoger (malaquitas, azuritas) convierte a aquél elemento metálico en uno de los atractivos más poderosos para la presencia en el territorio de gentes de la Edad del Bronce, cuya actuación se documenta, con escasos paralelos de tal magnitud en la Prehistoria peninsular, en las laderas que descienden hacia el próximo valle de Riosa.

La siempre problemática relación, para algunos autores prácticamente indemostrable, mineral metálico producto elaborado metalúrgicamente, se manifiesta en este caso como una conexión muy verosímil. Por fortuna, aquí se cuenta con huellas poderosas de un minerío activo de época prehistórica en el que se unen las áreas de explotación, el instrumental minero prehistórico e incluso los restos humanos de algunos mineros de la época.

La conexión mineral-útil dispone además en la Cobertoria de ciertas indicaciones positivas, establecidas mediante los oportunos análisis de laboratorio en los que se han cotejado instrumentos y menas de los afloramientos de arcillas siderolíticas localizables en el sector de contacto entre la necrópolis y las rocas carbonatadas del Aramo.

Se han venido practicando otros análisis sincrónicos con las excavaciones con objetivos tales como la reconstrucción del ambiente vegetal existente cuando se edificaron algunos de los megalitos (secuencias palinológicas de Mata I y Llagüezu) o los estudios sobre el sustrato rocoso en el que descansan algunos de los monumentos. Se cuenta también con el control de los perfiles edafológicos (especialmente en la Collá Cimera) que orientan la interpretación del suelo megalítico y su ulterior evolución.

Estos y otros aspectos que ayudan a la comprensión del significado de la necrópolis de La Cobertoria, como testi-



Fig. 5.—Conjunto de la Collá Cimera. La estela exterior al monumento se percibe, inclinada, al fondo.

monio de la Prehistoria reciente en el sector central de Asturias articulado por la Cuenca del Nalón, están ya finalizados en su mayoría y serán objeto de una exposición detallada en la oportuna memoria de conjunto cuya elaboración se encuentra en una fase avanzada.

Debe ser incluida en estas notas la referencia a los otros dos conjuntos monumentales prehistóricos en la misma cuenca del Nalón cuyo estudio se desenvuelve paralelamente al descrito en la necrópolis dolménica de La Cobertoria. Son estos el campo de túmulos de Piedrafita, citado más atrás, y el complejo tumular del Llanu la Vara, ambos en el concejo de Las Regueras.

Se asientan dichas estaciones arqueológicas a escasos kilómetros de distancia entre sí, en un ambiente semejante, en uno de los valles colaterales del Nalón en su margen derecha. Su ámbito es el de los cordales de media-baja

montaña, de relieve envejecido y coronado por planos y amesetamientos en los que se agrupan las construcciones tumurales, en general fácilmente accesibles desde el valle inmediato tras una hora como máximo de marcha a pié. Bajo esta consideración las diferencias con las condiciones descritas en La Cobertoria son notables, de tal manera que las presuntas necrópolis de Piedrafita y Llanu la Vara serían utilizables durante todo el año. La relación en este caso entre el territorio funerario y las zonas de asentamiento y de explotación económica sería muy estrecha, con probables áreas de coincidencia; la cercanía en unos treinta minutos de marcha entre la necrópolis de Piedrafita y la Cueva de la Paloma es una circunstancia sugestiva toda vez que en la gruta se señalaron ocupaciones neolíticas y de las edades de los metales.

Las excavaciones de Las Regueras (Piedrafita en 1980 y Llanu la Vara en 1986) documentan además un tipo de construcciones tumulares diferentes no sólo en su forma, sino en su concepto, con lo visto en las construcciones megalíticas más o menos clásicas analizadas en La Cobertoria. En Piedrafita y Llanu La Vara nos hallamos ante necrópolis extensas (compuestas respectivamente por el agrupamiento de ocho y trece monumentos) insertos en espacios desde los que se puede ejercer un fácil control visual de un extenso territorio y con la disponibilidad inmediata o próxima de diferentes recursos como manantiales, pastos, suelos potencialmente explotables por la agricultura, etc.

Se centraron las excavaciones en los túmulos I, IV y V de Piedrafita y en el situado en el lugar conocido como "La Cruz del Muerto" en la necrópolis del Llanu la Vara. Son todas ellas construcciones tumulares de verdadera monumentalidad (20 metros de diámetro por 1,80 de altura en su cota máxima en Piedrafita IV y en torno a 25 metros de diámetro y una altura máxima de 2,40 metros en La Cruz del Muerto) con una estructura interna muy distinta a la propia de los túmulos estrictamente megalíticos.

Todos los analizados se componen de potentes masas térreas en las que la piedra está apenas representada aunque cuando aparece lo hace de un modo muy significativo. En efecto, en Piedrafita I, IV y V existen anillos realizados con bloques de piedra y asentados en la base del sector medio de los túmulos; anillos carentes, por otra parte, de cualquier función arquitectónica y cuya presencia parece debida al deseo de diferenciar un área particular dentro del monumento, tal vez un cierre simbólico. La ausencia de cámaras pétreas pudiera verse compensada por la introducción de estos anillos líticos que se disponen en torno al centro geométrico de la estructura.

En el Llanu la Vara nos encontramos, en cambio, con otra nueva forma estructural; también es este un gran mo-

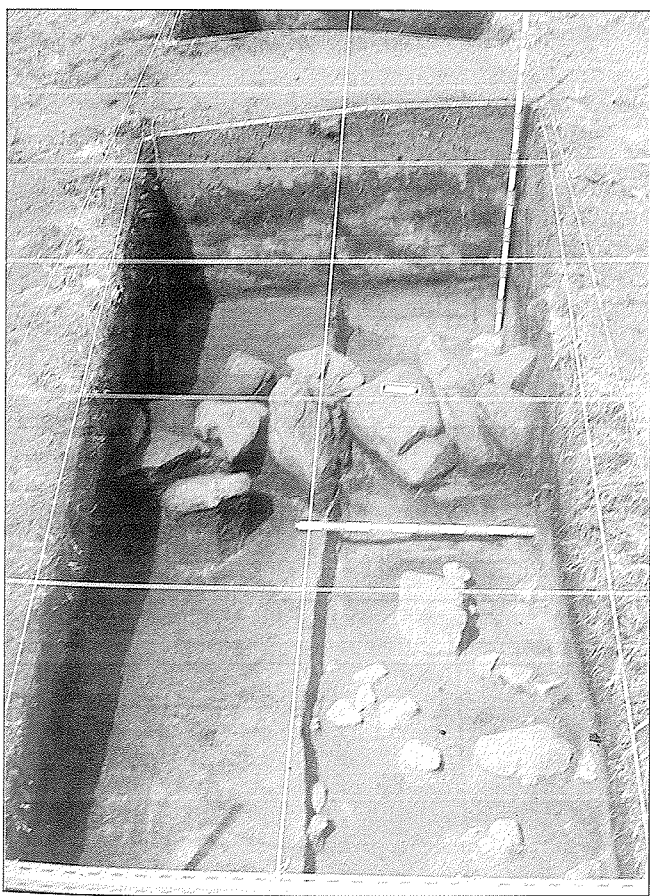


Fig. 6.—Estratigrafía del relleno térreo y del anillo "simbólico" de piedras, del túmulo n.º IV de la necrópolis de Piedrafita.

numento de tierra carente de cámara y de otros elementos constructivos de piedra en disposición vertical. Queda reservada la piedra a un empedrado basal cuidadosamente dispuesto en algunas zonas, determinando un plano artificial de referencia sobre el que se eleva la estructura, describiendo al mismo tiempo un ámbito específico en el interior de ésta.

La aparición de tales arquitecturas en tierra, en las que la entidad volumétrica se acredita como un rasgo relevante otorgándoles su carácter monumental, es probable que no responda sólo a la escasez de canteras explotables en las inmediaciones, de donde obtener buenas lajas con las que definir un ámbito cameral dolménico. Otros aspectos como la potente capa cenicienta de Piedrafita I y V que compone un potente estrato del relleno tumular, etc., vendrían a indicar formas y usos en parte, al menos, distintos a los propios de un dolmen típico.

Son los conjuntos considerados parte de la serie de manifestaciones tumulares investigadas en los últimos años que vienen a mostrar la diversidad de las arquitecturas vinculadas al neolítico y a los primeros siglos metalúrgicos, rompiendo con la simplicidad tipológica mostrada en los esquemas tradicionales. Ese polimorfismo en las arquitecturas monumentales relacionadas con las ceremonias mortuorias, polimorfismo en el que se conjugan factores técnicos, económicos y rituales, puede inscribir tanto prácticas diversas en un mismo estadio cultural como tiempos culturales diferentes, pero de una forma u otra enraizado en las pautas culturales introducidas por los arquitectos megalíticos.

En Piedrafita el aire arcaico de los hallazgos materiales, por otra parte muy parcos como es frecuente que ocurra en tales monumentos; hachas pulimentadas o algunos elementos de sílex, viene a contrastar con la referencia cronológica aportada por el C-14 en Piedrafita V. La estimación media de las fechas obtenidas lo sitúa en un momento avanzado del Bronce Antiguo o en el tránsito hacia el Bronce Final. En la Cruz del Muerto, una industria lítica sumarásimas incluyendo un trapecio simétrico de tradición antigua reclama por su parte un momento también antiguo y un probable sincronismo con las construcciones megalíticas *sensu estricto*, fenómeno que ya habíamos considerado hace varios años al publicar los resultados de las excavaciones del gran túmulo de Silvota de Bobes (Cfr. M.A. de Blas, "Los túmulos de Silvota de Bobes y Altu la Mayá", en *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 12. Madrid 1981, págs. 11-42).

A la interpretación de estas formas tumulares que enriquecen el panorama de las arquitecturas funerarias de la Prehistoria reciente del N. y NO. de la Península, —aunque

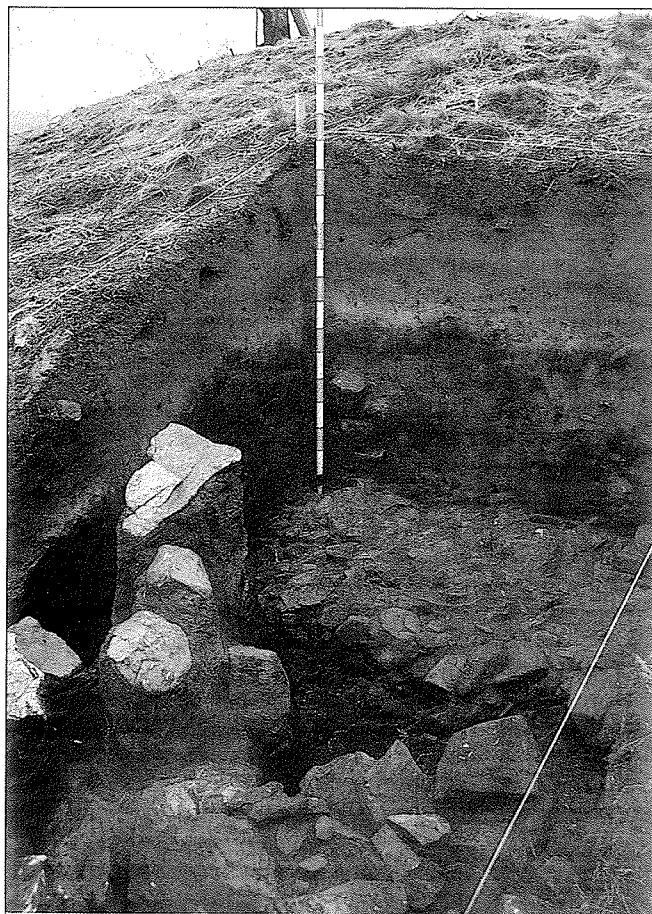


Fig. 7.—Necrópolis del Llanu la Vara. Sector meridional de un gran túmulo de tierra asentado en parte en una plataforma pétrea cuyo borde se percibe en la fotografía.

su coordinación cultural plantee numerosos problemas de difícil resolución, —se suman otras búsquedas que incardinan los monumentos en su medio natural matizado por la propia presencia de los constructores de las necrópolis. Los análisis edafológicos y polínicos realizados en Piedrafita facilitan esa reconstrucción paleoambiental al mismo tiempo que ayudan en la formulación de las relaciones culturales hombre —medio en el momento de plena neolitización, en sentido amplio, en que se verifica la acotación y posesión del espacio, primera compartimentación territorial en los tiempos prehistóricos cuyo único o mayoritario referente actual, tangible, es la propia masa de los túmulos, acusada sobre su entorno.

Otoño de 1986

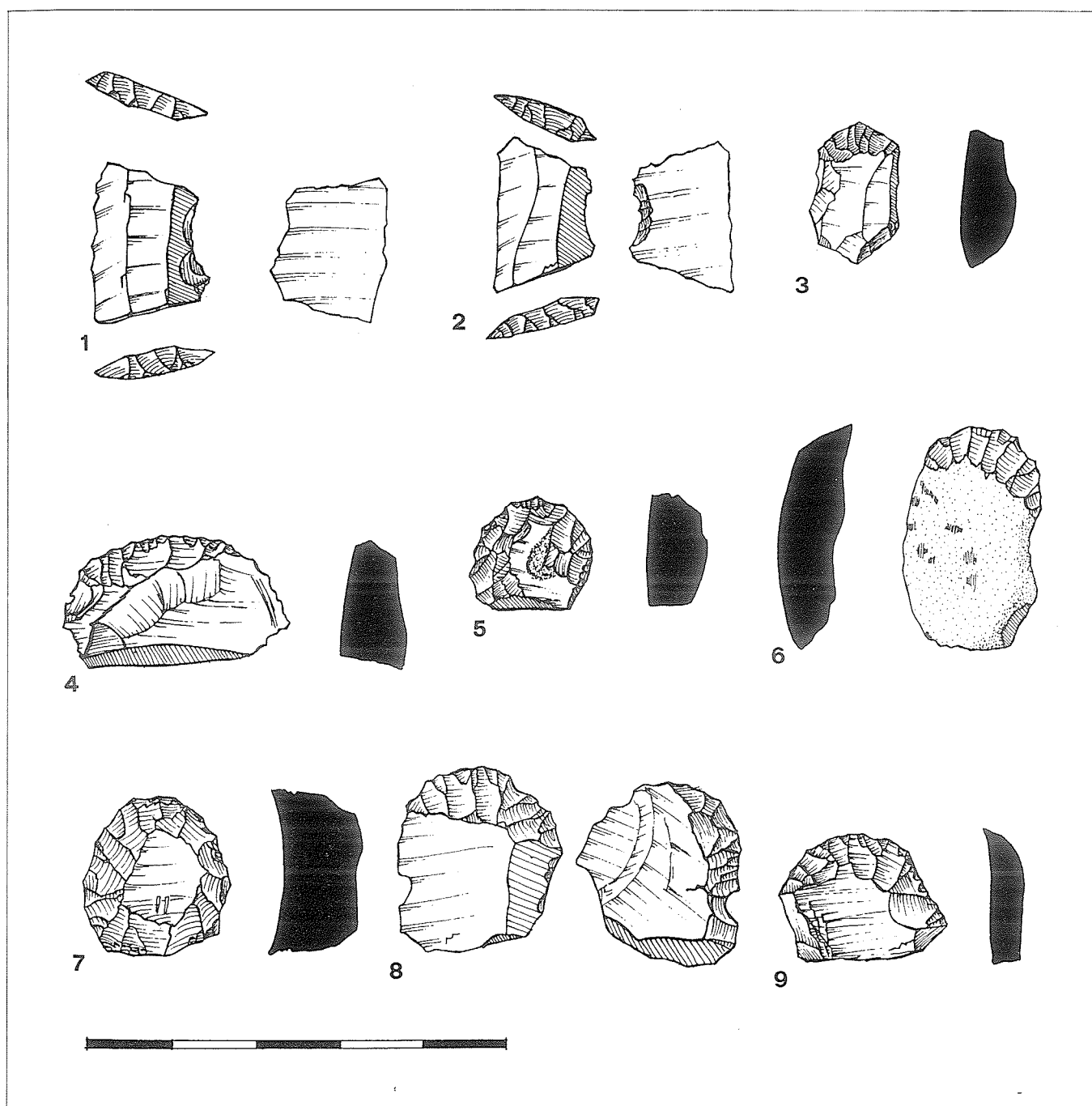


Fig. 8.—Algunos componentes de la industria lítica en los megalitos de La Cobertoria: trapezios y diferentes tipos de raspadores (El Llagüezu: 1, 3 y 5 y la Collá Cimera: 2, 4, 6, 7, 8 y 9).